

DESDE LA CEIBA

Boletín Digital

Nº 332. La Habana, miércolés 28 de febrero de 2018

De la Cultura

Editor Tato Quiñones

La INFORMACIÓN de por sí no puede cambiar el mundo, pero sí puede crear una conciencia para que la gente cambie el Mundo

La blogsfera está pariendo el nuevo periodismo de Cuba y es un parto de riesgo. Nacerán hijos legítimos y también bastardos, porque en épocas como esta importan más el talento y la valentía que los títulos y las maestrías.

Sumario

- **Alfredo Guevara y el contrapunteo de la cultura por Julio César Guanche (2)**
- **Leonardo Padura: “Cuba sufre una grave pérdida de valores y degradación moral” por Fernando García (5)**
- **Reguetón en Cuba, ¿enemigo público? por Ana León (9)**
- **El trovador desencantado Pablo Milanés cumple 75 años por Guillermo Nova (11)**
- **Haydée Milanés festeja cumpleaños de su padre con nuevo disco (13)**

La Ñapa

- **El porno ha sido, y es, cultura por Martín Sacristán (14)**

El Cíclope Tuerto

- **El Grito, La Sonrisa, La Señal... (20)**

Alfredo Guevara y el contrapunteo de la cultura por Julio César Guanche (Sin Permiso)

Alfredo Guevara señaló aquel mueble, un butacón vanguardista, demasiado bajo como para que pudiera sentarse en él a la altura de sus ya más de 80 años, y dijo: “un día Leo Brouwer me llamó para avisarme que estaban vendiendo esos muebles en un Ten cent, y corrí a comprarlos”. Aquel día era de algún año de la década de 1960, los muebles eran Knoll y, pasados los años 2000, permanecían en las oficinas del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, en La Habana.

La afición por los muebles Knoll podría parecer contradictoria con la conocida veneración de Guevara al mobiliario barroco y colonial. Recorriendo con la vista el butacón, su defensa de la estética Knoll se remontó al origen del formalismo ruso y del racionalismo alemán, y al contexto del estalinismo y el fascismo.

Guevara había estudiado a fondo el movimiento de la vanguardia rusa anterior al estalinismo y lo consideraba el germen, junto a la Bauhaus, de casi toda la vanguardia occidental. Lamentó siempre que, en el caso ruso, esa vanguardia se perdiera por la “ceguera estalinista, ceguera que llegó a ser criminal”. (O, en el caso alemán, por el nazismo.) Desde esta comprensión, decía: “yo no soporto Los fundamentos del socialismo en Cuba, de Blas Roca”, y cuestionaba el “marxismo-leninismo”, elaboración del estalinismo sobre el marxismo que no era “ni marxista ni leninista”.

Hay quien verá una “muestra más” del “elitismo” de Guevara en su afición por los muebles Knoll, “mientras el pueblo cubano pasaba tantas carencias”. Ni Guevara ni la Revolución cubana son carne de santoral. La escasa presencia de directoras mujeres, y de enfoque de género, en el cine cubano producido por el organismo que él dirigió (el ICAIC), así como sus conflictos con el cine de realizadores negros, como Nicolás Guillén Landrián, no son las páginas más brillantes de su biografía.

Sin embargo, de su explicación sobre la Knoll podemos tomar otro aprendizaje. Nadie como el propio Leo Brouwer le daría mejor título: “La tradición se rompe, pero cuesta trabajo”. Ese trabajo suponía, en Guevara, un compromiso con una concepción universalista de la cultura, una labor de visibilización y reconocimiento de las exclusiones perpetradas por los usos hegemónicos del universalismo, una formación intelectual tan rigurosa como crítica, y una vocación frontal por la justicia.

Guevara, en sus tiempos de estudiante universitario, invirtió un verano completo de vacaciones en leer, con alevosa minuciosidad, a Jorge Mañach, y a informarse sobre las lecturas de este. A poco tendría como profesor al autor de *La crisis de la alta cultura*, a quien admiraba como intelectual, pero cuyas posiciones políticas impugnaba. Su objetivo confeso era estar preguntándole cosas hasta “hacerle la vida imposible”. Guevara conocía,

obviamente, de la biografía de Mañach como ministro en el gobierno de Caffery / Mendieta / Batista, y del rol jugado por el ABC en la Mediación, pero, en el ámbito universitario, consideró más importante leerlo de veras, y cuestionar sus tesis apropiándose, desde el punto de vista intelectual, de la crítica antielitista a la concepción de la sociedad de masas de Ortega y Gasset, cuyo discípulo más destacado en Cuba era el propio Mañach.

Algo distinto hizo Guevara con Fernando Ortiz, para esa época (segunda mitad de los 1940) el más destacado intelectual cubano, con influencia global, aunque sin cátedra oficial universitaria. Guevara terminaba sus clases y se iba con dos o tres amigos –entre ellos, Mario García Inchausti, como haría luego con Tomás Gutiérrez Alea y Lisandro Otero–, a tocarle “con gran frescura” la puerta a Ortiz para darse “sillonazos” en medio de conversaciones kilométricas sobre la cultura “afrocubana”.

Fue una segunda universidad para Guevara y ese grupo afín “de pequeños burguesitos”. Por intermedio de Ortiz trabaron amistad con un destacado santero de La Habana y fueron “a todos los toques de santo habidos y por haber”. Guevara había tenido su primera socialización política en círculos anarquistas y socialistas de gran presencia negra –y específicamente abakuá– del puerto de La Habana, y más tarde había creado en la Universidad de La Habana un comité estudiantil contra la discriminación racial.

Actualmente, en Cuba se ha “canonizado”, en cierto modo, a Fernando Ortiz, y se despolitiza –esto es, no se comprende políticamente– el lugar que ocupó su elaboración sobre la “cubanidad” como discurso específico de un sector progresista de la burguesía cubana liberal democrática de esos años. (Casi nunca se estudia su argumento como un debate construido frente a otras posiciones –entre ellas: marxistas, comunistas y no comunistas.) Guevara, no obstante, pudo tomar de la elaboración de Ortiz algo que sigue siendo fundamental hasta hoy: la imagen del “ajjaco” reconocía la injusticia cometida contra los que entraron de modo forzado, como esclavizados, al caldero de lo nacional y expresaba un empeño cuya clave es retomada en nuestros días por la crítica a los nacionalismos concebidos como meramente “étnicos”.

La admiración de Guevara por Sergio Vitier traduce su argumento. La principal virtud del guitarrista y compositor radicaba en su “iconoclastia a partir del rigor”. Sergio era el “hombre de todas las rupturas y de todos los logros” no solo por su inserción muy suya –sabrosa y consciente–, en el mundo “negro” (sus interpretaciones con Rogelio Martínez Furé, por ejemplo, son extraordinarias) sino por la formación recibida de José Ardévol quien, a su vez, había sido el fundador en Cuba del neoclasicismo musical, como manera de insertar la música nacional en la tradición musical universal, a través de un “eclecticismo moderno”.

Desde ese lugar, cuando Guevara y Sergio Vitier pensaron en cómo musicalizar la unión del ballet clásico de Alicia Alonso con la danza flamenca de Antonio Gades comprendieron que no se trataba de un contrapunteo

(dicho así, tan orticianamente) de danzas sino del contrapunteo de la cultura. Vitier hizo irrumpir, en compañía de su guitarra, a Tata Güines, el más grande percusionista cubano después del “tamborero” Chano Pozo. Para Guevara, esa pieza, *Son ad libitum*, sería “un momento inolvidable de la cultura”.

La misma base argumental puede observarse en la apropiación –tan cara a Guevara– que hizo Humberto Solás de *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, con música de José María Vitier, sobre la cual pueden decirse cosas parecidas. O de la reticencia de Guevara respecto a la formación profesional, especializada, de cineastas en escuelas de cine, pues para él, un cineasta debería ser, primero, un humanista. O sobre su concepción del Festival de Cine como un espacio para la cinematografía regional, a la vez que una plaza para la música, las artes plásticas, el pensamiento social y la política de resistencia latinoamericanas, pues el cine es cultura, y la cultura es también política.

No es noticia que Guevara haya apreciado la música de Ernesto Lecuona, pero es menos advertida otra lucidez muy suya, como cuando expresaba: el mayor aporte de Benny Moré a la cultura cubana está, claro, en su música, y en cuestiones más específicas como la creación del tipo de banda que imaginó, pero también, y acaso sobre todo, en haberle cantado a las ciudades de Cuba en tiempos de gran penetración de la cultura estadounidense en el país. Lo que Mañach, Ortiz, Lezama o Carpentier hicieron por un lado, lo hizo el Benny por otro. Cuando cantaba “Cienfuegos es la ciudad que más me gusta a mí”, o “Santa Isabel de las Lajas, querida” nos hizo, diría Guevara, a millones amar más a Cuba, y comprenderla mejor en la diversidad de sus espacios geográficos, sociales y humanos. Esta comprensión, tan política como informada, y por ello muy sofisticada, es la que le hacía admirar un mueble Knoll y repudiar el arte como propaganda.

En breve, el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano realizará en La Habana su edición número 39. Ya los actuales organizadores del Festival se han preguntado en años anteriores si es “nuevo”, si es “cine” y si es “latinoamericano”. Son preguntas realistas y abiertas a nuestro tiempo. Sin embargo, quizás no serían interrogantes ajenas al propio Guevara, que comprendió cómo se crea una tradición, cuán difícil es romperla, y cuán imprescindible resulta para la elaboración de la cultura: “ese milagro necesario para que todo lo que llega llegue y pueda ser recibido sin rendición posible, recibido desde el duro diamante de lo nuestro”.

* He usado en este texto materiales pertenecientes al archivo público de Alfredo Guevara, como transcripciones de entrevistas e intervenciones ante diversos medios. Y fragmentos de su participación grabada para el documental *Identidad*, de Lourdes de los Santos, sobre Sergio Vitier.

Julio César Guanche es un jurista y filósofo político cubano, miembro del Consejo Editorial de Sin Permiso, muy representativo de una nueva y brillante generación de intelectuales cubanos partidarios de una visión republicano-democrática del socialismo.

Leonardo Padura: “Cuba sufre una grave pérdida de valores y degradación moral” por Fernando García
(*lavanguardia.com*)

El premio Princesa de Asturias de las Letras publica la novela ‘La transparencia del tiempo’

Una virgen negra procedente de Catalunya ocupa el centro de la trama de ‘La transparencia del tiempo’ (Tusquets), la novela que Leonardo Padura, premio Princesa de Asturias de las Letras, acaba de publicar y de presentar en BCNegra: una nueva aventura de Mario Conde en la que el detective nos descubre los sueños rotos de la revolución al tiempo que desentraña el misterio y los crímenes en torno a la desaparición de la talla originaria de una ermita del Pirineo catalán.

El título de su novela merece una primera pregunta. ¿Por qué La transparencia del tiempo?

Eso fue motivo de discusión familiar. Lucía, mi esposa, que como sabe me ayuda mucho en la escritura porque es mi crítico, mi primera lectora y mi freno, me dijo: ‘Ese título parece un tratado de Filosofía’. Yo repliqué que ahí veía precisamente una de sus virtudes, dado el carácter filosófico del planteamiento central de la novela, que es la relación del hombre con el pasado; la imposibilidad del hombre de imponerse a la historia, que lo mueve, lo traslada y en ocasiones lo aplasta. Y la manera de manifestarse la historia es el tiempo. En cuanto a la transparencia, tiene mucho que ver con la circularidad del tiempo, sus espirales: un concepto que trato de aplicar en la novela y que aprendí de escritores como Carpentier o Borges. Es el tiempo como algo que ocurre al otro lado del cristal pero que puedo ver.

Mario Conde y sus amigos, que rondan los 60, pertenecen a la generación de los cachorros de la revolución. Una generación frustrada, como repite en la novela. Ya sé que es complejo, pero ¿puede explicar brevemente por qué?

Porque hemos llegado a un punto, los 60 años como dice, en el que somos demasiado viejos para reciclarnos en la Cuba presente y futura, pero demasiado jóvenes para morirnos. Una generación que acudió masivamente a la Universidad; que se preparó y leyó todo lo que pudo, aunque no siempre lo que quiso; que en general no optó por la emigración, y que cuando andaba por la treintena y llegó el año 1990 vio cómo –al caer la URSS-, ¡pum!, el país se derrumbó: económica y moralmente. De pronto, un amigo me decía que su trabajo como médico era atender pacientes pero su medio de vida era conducir un taxi. Y otro que decía que su pasión era dar clases en la universidad pero su sustento venía de cuidar las plantas en un edificio de oficinas. Pero además, a los sueños rotos se le suman los hijos que se nos van, diría que un 90% de los casos entre mis amigos, quedándonos nosotros con padres

nonagenarios a los que atender y ayudar porque reciben una pensión de diez dólares al mes.

Ha dicho “derrumbe moral”. ¿Puede desarrollarlo?

En los años 90, a la par que se entronizaba el desencanto, la gente empezó a desarrollar estrategias de supervivencia. Se impuso el todo vale. Resurgió la prostitución, aparecieron las drogas y llegó un momento en que el mercado negro se convirtió en el único mercado. La sociedad sufrió una tremenda pérdida de valores que eran ancestrales. Se extendieron la falta de respeto al derecho ajeno y la pillería como forma de vida. La palabra “decente”, antes tan importante, desapareció del vocabulario cubano.

Y después de tantos años de decadencia, ¿no ve vías de reconstrucción?

Ojalá las haya. Pero por ahora, si por ejemplo traemos aquí a Lucía y le preguntamos qué sucede cuando vas al mercado a comprar fruta, verdura o lo que sea, te va a decir: “Todo el mundo te roba”. Y ya es como el alacrán que se envenena a sí mismo. Forma parte de la naturaleza de la gente. Incluso en el mercado estatal te roban. ¿Por qué? Bueno, es que el salario de la gente que trabaja en ese mercado es una mierda.

La novela retrata aspectos poco conocidos de su país y de la revolución, como las crueldades a las que el Gobierno sometió a los homosexuales como su personaje Bobby. Ahora, su valedora es Mariela Castro, hija de Raúl. ¿Se acabó el maltrato a los gays?

El “problema” de la homosexualidad ha dejado de serlo, aunque todavía quedan manifestaciones del ancestral machismo cubano. Cuando yo era niño, a los muchachos que presentaban algún “amaneramiento”, como se decía entonces, los llevaban al médico para curarlos. Había una carga social, cultural, familiar, religiosa y ética a la que se sumó la condena política. Los homosexuales padecieron todo tipo de agravios y marginaciones. Con Bobby también desdramatizo. Lo hago víctima pero también verdugo. Lo aprovecho para hablar del pasado pero también del presente.

En ese presente, que sitúa en el 2014, usted señala una marcada tendencia a lo hortera en La Habana. La escena de los pasajeros del taxi colectivo cantando un reguetón es brutal. ¿Cómo una sociedad tan culta y con un acervo musical tan importante se aficiona al reggaetón y a canciones como el ‘Chupi-chupi’ que cantan y gesticulan en ese taxi?

El reggaetón, ese ruido, es un efecto y no una causa. Es la consecuencia de esa pérdida de valores y degradación moral de la que hablábamos. Representa la caída en lo más bajo de la música cubana, que es referencia universal. El Estado trata de frenar y estigmatizar esa no-música. Pero los espacios que acogen conciertos de reggaetoneros

cubanos, promovidos por cierto a través de las redes sociales, se abarrotan. Es muy jodido, pero lo cierto es que el reggaetón se ha convertido en la banda sonora del presente cubano.

También describe una sociedad muy desigual. ¿Cada vez más?

Hay una pelea del Estado por evitar el crecimiento de las desigualdades. Pero como la economía no tiene un nivel que logre satisfacer a los ciudadanos, aparecen alternativas que fomentan ese desequilibrio. Por ejemplo, la liberalización de los viajes ha traído consigo el surgimiento de un nuevo oficio: el de las mulas. Sin coherencia económica es muy difícil establecer una cierta igualdad. El año pasado, una col costaba 5 pesos cubanos (1 dólar y 1 CUC o peso convertible = 24 pesos cubanos); este año, la misma col cuesta 12 pesos. Pero el salario medio ha pasado de 400 a 480 pesos (16 a 20 dólares). De ahí que la gente busque alternativas. El Gobierno intenta que la desigualdad no se convierta en un lastre insalvable, pero es una lucha muy complicada. Parece que el próximo acontecimiento político va a ser, ya de una vez, la unificación monetaria. Dudo que nadie sepa lo que puede provocar la medida. Bueno, y luego está la sucesión de Raúl, claro.

Tampoco se sabe qué puede provocar ese relevo, ¿no? ¿O ya se asume del todo que no provocará nada?

Yo creo que va a haber continuidad. Lo que no se sabe es cuánto durará esa continuidad.

¿Qué efecto tienen los pequeños cambios de los últimos años?

Las mayores facilidades para viajar, la posibilidad de dar de alta una línea de móvil o la concesión de licencias para abrir ciertos negocios, ahora suspendidas en algunos casos por el enriquecimiento enorme de algunas personas, han cambiado la sociedad sin que el sistema haya cambiado. Una sociedad inmersa en un proceso de redefinición que habrá que ver cómo continúa.

La novela termina con la premonición de Mario Conde de que algo grande va a ocurrir. No dice más, pero la fecha es el 17 de diciembre de 2014, día de San Lázaro... y del pacto Raúl Castro-Obama. Después de la ilusión que despertaron aquel acercamiento y las consiguientes reformas, ¿cómo vive Mario Conde el frenazo de Trump?

Las relaciones entre Cuba y Estados Unidos siempre han sido traumáticas. El gran intelectual cubano José Antonio Saco, que murió en Barcelona, rechazó sumarse al movimiento independentista porque sostenía que en el momento en que el país se independizara de España se convertiría en colonia de Estados Unidos. La premonición se cumplió. Luego, con la revolución vinieron el abierto enfrentamiento y el embargo, que afecta muchísimo a los cubanos. Hasta que llegó Obama. Él y Raúl hablaron, restablecieron relaciones formales, también se produjo una

mejora de la relación real y empezamos a concebir la esperanza de que esta llegara a ser real y enteramente civilizada e incluso se eliminara el embargo. Y entonces ganó Donald Trump. Mire, si encuentro una coherencia de Trump es la de desmontar toda la política de Obama. Ahí entra Cuba, claro. Ese presidente ha deshecho el sueño y nos ha devuelto la pesadilla. Ahora mismo, si un cubano quiere ir a ver a su familia en Estados Unidos tiene que ir a Bogotá y pasar allí 20 días, esperando una visa sin garantías de que se la den. ¿A quién está jodiendo esa política? ¿Al gobierno cubano? No. Está jodiendo a los cubanos. Creo que hay una voluntad algo perversa. Es una pena. Porque en aquellos meses de acercamiento se demostró la gran potencialidad de unas relaciones bilaterales más armónicas: en lo económico, lo académico, lo familiar, lo cultural, las comunicaciones... Hace unos días estuve en Miami presentando el libro y lo malo es que mucha gente se quedó fuera, pero no hubo ni una sola manifestación de hostilidad. Todo fue afecto. Que ese cambio en la gente y esas posibilidades se enturbien ahora es lamentable. Y los asesores de Trump deberían saber que si algo puede desestabilizar al Gobierno cubano no es la hostilidad de Estados Unidos, sino su cercanía.

¿Los cubanos en la isla leen sus libros? Me consta que no se lo ponen fácil.

Y esos obstáculos son una de las cosas que más lamento de mi trabajo. Las ediciones de mis libros en Cuba son pequeñas: por falta de papel pero también por falta de promoción. Hay ediciones que circulan completas y otras que circulan poco, mal e incompletas. Alguna coedición no ha llegado a circular. Ojalá los cubanos tuvieran un mayor acceso a mis novelas. Porque ellos son mis lectores naturales, y los más cómplices.

Tengo entendido que prepara ya su próxima novela, 'El clan disperso'.

Sí, pero el título es prácticamente lo único que ya sé. Es el nombre que Carpentier iba a utilizar para una novela que nunca escribió. Y en mi caso se titulará así porque va a tratar sobre los cubanos dispersos por el mundo. Lo demás está por ver y escribir.

Reguetón en Cuba, ¿enemigo público? por Ana León (La Habana)

La brutalidad del género está modificando las relaciones sociales, insertando códigos sexistas y violentos en los más jóvenes

A pesar de sus detractores, el reguetón se ha convertido en un fenómeno cultural extendido por todo el orbe. Desde el punto de vista comercial, mantiene ciertos estándares que permiten su consumo y disfrute por un amplio segmento de público; pero paralelamente existe una zona underground que, por el grado de obscenidad de sus letras, no es divulgada a través del establishment mediático y se mueve en un circuito específico de producción y difusión.

Tal fenómeno se aprecia en aquellos países donde la escena reguetonera ha cobrado fuerza, gracias a la rentabilidad del género y un mayor acceso a la tecnología. En el caso de Cuba, la proliferación de estudios de grabación caseros y el crecimiento del sector privado, han sido fundamentales para facturar y divulgar todo tipo de reguetón, al margen de los circuitos oficiales de distribución.

Esta plataforma alternativa cuenta con exponentes como Osmany García, Chacal, Yomil & El Dany, El Micha..., que han acuñado temas aptos para el mainstream, y otros para consumo de un público marginal, que se identifica con un lenguaje sexual explícito y agresivo, orientado a exacerbar conductas violentas, antisociales y sexistas. Teniendo en cuenta la creciente popularidad de esta variante del reguetón, las leyes cubanas deberían actuar como un filtro para evitar que la rampante grosería de ciertas canciones invada el espacio público.

Casi todos los cubanos adultos recuerdan, hace algunos años, la polémica causada por El chupi chupi, de Osmany García; canción que, acompañada por un colorido vídeo clip, alcanzó el primer lugar de popularidad en el programa Lucas, sin que los abanderados de la censura repararan en su contenido.

Cuando se dieron cuenta, ya se había convertido en un hit nacional. Pero lo peor es que desde entonces la calidad de las letras del reguetón ha degenerado tanto, que el trabalenguas con que “La Voz” describió una felación, hoy parece juego de niños.

El actual verso de moda tiene que ver con “un palito presidiario y una totica delincuente”, atribuido al dúo reguetonero El Negrito & El Kokito. El estribillo de marras se escucha dondequiera. Lo cantan mujeres, niños y niñas, sin reparar en lo grosero y ofensivo del lenguaje, especialmente para las féminas.

En fecha reciente, diversos medios de prensa publicaron las declaraciones de la psicóloga Daniela Muñoz, a propósito del negativo impacto del reguetón en la etapa formativa de los individuos. A pesar de

la gravedad de sus argumentos, no se observa en Cuba una estrategia orientada a contener o disminuir la difusión de la tendencia más agresiva del género. Lo que la especialista califica como “un tipo de abuso que provoca un desarrollo precoz e inadecuado”, se desplaza con total impunidad por las calles.

A modo de insurgencia ciudadana, las bocinas portátiles y otros dispositivos electrónicos inundan calles, colas, agromercados, negocios —estatales y privados— y el transporte público. Los niños no solo entienden el significado del “palito” y demás; sino que asumen estas expresiones como parte del hablar correcto, porque las escuchan a diario en su entorno familiar, escolar y comunitario.

La educación y el cultivo de valores han cedido terreno a la perversión del universo infantil. La gravedad del asunto no estriba únicamente en el hecho de que las fiestas para niños sean amenizadas con la peor música para adultos, sino que no hay manera de proteger a los infantes del vocabulario soez y la continua legitimación de un modelo de éxito basado en la apariencia física y conductas inmorales.

El problema no es el reguetón per se, sino la peligrosa entronización de la marginalidad. Aunque cada quien tiene el derecho de escuchar en su casa la música que le plazca, décadas de colectivismo han llevado a asumir que la casa es el edificio, la acera, la cuadra, el parque.

Es inaceptable que en el espacio público se imponga un atropello semántico que menosprecia a la mujer, además de provocar irritación e impotencia. La doble intención y la picardía son parte esencial de la idiosincrasia del cubano; pero las canciones que se movían con gracia en el límite de lo obvio, han sido reemplazadas por la vandalización de los sentidos y la obligación de soportar el salvajismo ajeno para no buscarse conflictos.

La brutalidad e hipersexualización del reguetón están modificando las relaciones sociales, insertando códigos sexistas y violentos en el imaginario de las generaciones más jóvenes. Al sexo carcelario de El Negrito & El Kokito se suma la cantinela lasciva “me la dio y se la dí”, amplificada en toda La Habana ante la displicencia de las autoridades, que acosan a pequeños vendedores, transeúntes y trabajadores privados; pero ignoran al sujeto que pasa por su lado pregonando indecencias con una bocina portátil.

Semejante permisibilidad no solo incentiva la bestialización en masa y la decadencia de la cultura urbana. El agotamiento intelectual ya es una realidad, constatable en el bajo nivel cultural de la población y el exceso de energía mental que supone hacer resistencia a una expresión musical tan desagradable como omnipresente.

El trovador desencantado Pablo Milanés cumple 75 años por Guillermo Nova (dpa)

Autor de canciones inmortales como “Yolanda”, “El breve espacio en que no estás” o “Yo no te pido”, el cantautor cubano Pablo Milanés cumple este sábado 75 años manteniéndose en los escenarios.

Nacido el 24 de febrero de 1943 en la oriental ciudad de Bayamo, estudió música en el Conservatorio Municipal de La Habana y al principio formó parte de las agrupaciones “Cuarteto del Rey” y “Los Bucaneros”, tocando en clubs nocturnos con el estilo personal y directo del “feeling”.

Hasta que a finales de los sesenta, junto a Silvio Rodríguez y Noel Nicola fue uno de los fundadores del Movimiento de la Nueva Trova Cubana al calor de la emblemática Casa de las Américas y que se convirtió en uno de los fenómenos con más fuerza del panorama musical latinoamericano.

El padre de temas popularmente conocidos como “Para vivir”, “Yo me quedo” o “El amor de mi vida”, también musicalizó poemas de Nicolás Guillén en canciones como “De qué callada manera” y los “Versos sencillos” del Héroe Nacional de Cuba José Martí.

Durante años “Embajador musical” de la Revolución cubana, llegó a ser diputado de la Asamblea Nacional del Poder Popular, pero la caída de la Unión Soviética y la posterior crisis económica que generó en la isla le hizo ir tomando distancia política, primero en silencio y después públicamente.

En 2006 participó en un homenaje por el 80 cumpleaños de Fidel Castro en el concierto “Todas las voces Todas”. “Felicidades, Fidel”, dijo Milanés antes de comenzar su actuación con la simbólica “Canción por la unidad latinoamericana”.

Pero en 2011, pocos días antes de actuar en Miami dio varias entrevistas a medios locales en los que criticó la falta de libertades en la isla y la autocensura de la prensa cubana.

Incluso recordó que en la década del 60 estuvo internado en las Unidades Militares de Apoyo a la Producción (UMAP), los campos de trabajo tristemente célebres donde fueron reclusos homosexuales, religiosos y los que no se adecuaban a los “parámetros revolucionarios” de entonces.

“Lo que escandaliza a algunos no es el contenido de sus críticas sino la forma, que además de burda parece desamorada, sin el más mínimo compromiso afectivo”, le respondió el cantautor Silvio Rodríguez.

El autor de "Ojalá" recordó que Pablo Milanés y él hacía más de 20 años que no se veían y ni siquiera hablaban por teléfono. "El Pablo que conozco -añadió- tiene casi un cuarto de siglo de retraso".

A Pablo Milanés el desencanto le llevó incluso a minusvalorar las reformas del presidente cubano, Raúl Castro, que permitieron a los cubanos salir libremente del país, comprar líneas de celulares, alojarse en hoteles para extranjeros o comprar y vender casas. "Cuba está igual o peor que antes", afirmó en 2012.

Tras el revuelo que tuvieron sus declaraciones en la isla, últimamente ha evitado pronunciarse sobre la actualidad política cubana, prefiriendo un segundo plano mediático, aunque siempre aseguró que el cantautor es "un reflejo de lo que acontece alrededor y no se puede aislar de eso".

A lo largo de su carrera, Milanés ha recibido el reconocimiento tanto nacional como internacional. Tiene las mayores distinciones que se da en Cuba al mundo de la cultura como las Orden Félix Varela (1984) y Alejo Carpentier (1982), el Premio Nacional de Música (2005) y la medalla Haydeé Santamaría (2006).

En 2006 obtuvo dos Grammy Latinos, uno al Mejor Cantautor por el disco "Como un campo de maíz", y otro en la categoría de Mejor Álbum Tropical Tradicional, por "AM PM, líneas paralelas", grabado junto al cantante puertorriqueño Andy Montañez.

Con una carrera de 50 discos y más de 600 canciones, el año pasado en la isla se presentó una edición especial de toda su obra producida por la disquera estatal BisMusic.

"Esto no quiere decir que pare aquí, todo el tiempo me están saliendo cosas, la misma vida me da espiritualidad, vigor y fuerza para seguir trabajando", aseguró Milanés durante la presentación, al anunciar que seguiría en los escenarios.

Sus problemas de salud le han dado varios sustos a sus seguidores. En 2012 fue operado de una hernia umbilical y tuvo que cancelar su gira por España y en 2014 fue sometido a un trasplante de riñón, que le donó su esposa Nancy Pérez.

Padre de nueve hijos y abuelo de nueve nietos, Milanés sigue componiendo para nuevos trabajos, especialmente con su hija Haydee Milanés.

Haydée Milanés festeja cumpleaños de su padre con nuevo disco (Cubasi)

La cantante Haydée Milanés, una de las hijas del cantautor Pablo Milanés, celebra hoy el cumpleaños 75 de su padre con la producción discográfica Amor Deluxe.

En el álbum la artista comparte con varios invitados cubanos y extranjeros con los que interpreta canciones de su padre, y hace dúo con el propio creador de emblemáticos temas como Yolanda, también incluido en la placa.

Haydée Milanés le expresó a su papá en una ocasión que deseaba hacer un disco con las canciones de él y de esa proposición surgió Amor, un trabajo a dos voces que presentaron el pasado año en el capitalino teatro Karl Marx.

‘Deseo hacer el álbum con las muchas melodías que nunca cantas y que la gente tiene que conocer porque son muy bellas’, dijo un día Haydée a Pablo.

Amor Deluxe posee de 12 a 14 temas, todos a dúo, de los cuales ya se publicaron sencillos como Si ella me faltara alguna vez y La vida no vale nada, junto a las mexicanas Julieta Venegas y Lila Downs, respectivamente.

Yolanda, interpretada con la diva del Buena Vista Social Club, Omara Portuondo, y El primer amor, a dúo con Pancho Céspedes.

El argentino Fito Páez se unirá a los colaboradores del álbum y también los cubanos Carlos Varela e Isaac Delgado, entre otros.

Con Páez, Haydée versiona el imprescindible Yo no te pido ‘que será lanzada muy pronto’, adelantó la cantautora.

Tengo muchos deseos de acercarme a la obra de mi padre, de reconocirme en esas raíces; y que coincida con los 75 años de él cumplidos este sábado es algo muy especial’, confesó.

La Ñapa

El porno ha sido, y es, cultura por Martín Sacristán (*El País*)

Si consideramos la cultura en su concepto más amplio, el de conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico e industrial, no podemos dejar fuera la pornografía. Y si las mejores obras de arte son aquellas que mejor captan la expresión de la vida humana, hay que reconocerle al porno su certero reflejo de nuestros deseos y aspiraciones sexuales. Sean cuales sean, se cumplan o no.

Solo en la web porno más grande y visitada del planeta existen ochenta y nueve categorías entre las que elegir. No están todas las que podemos encontrar online, solamente aquellas que más demanda generan, y precisamente por eso pueden ayudarnos a conocer cuáles son los gustos sexuales de nuestros congéneres. A muchos nos sonarán términos como «maduras», «anal» o «corridas», pero necesitaremos estar más especializados para entender qué es «bukake», «fisting» o «hentai». Y, definitivamente, términos como «cuckold» o «estilo panda» se nos escaparán, a menos que formen parte de nuestras íntimas fantasías. Lo cierto es que el acceso a todas estas modalidades sexuales en formato vídeo es gratuito en un gran número de webs, y con el coste de una conexión a internet podremos satisfacer nuestra curiosidad en pocos minutos. Y ampliar nuestra educación sexual, siempre entendida como saber qué cosas pueden dedicarse a hacer los demás, o uno mismo, con la pareja.

Muchos moralistas claman contra el acceso fácil y gratuito a la pornografía que internet ha hecho posible. Pero su reacción es tan poco nueva como el propio porno, que nos ha acompañado desde el mismo origen del Homo sapiens. Posiblemente porque la curiosidad, y el despertar del deseo sexual al final de la infancia, sea algo común a todos nosotros. Las sociedades de raíz judeocristiana han tratado de hacérselo olvidar, pero la cultura humana se ha empeñado, desde siempre, en proporcionarse porno.

La manifestación más antigua de que disponemos son las pinturas rupestres, donde los muñecos fálicos o la representación del sexo de la mujer son habituales, como en el «camarín de las vulvas» de la cueva de Tito Bustillo, en Asturias. Si el sentido de esos genitales sueltos se nos escapa por estar aislados, en los grabados, más centrados en escenas, se hace mucho más explícito. En la cueva de los Casares, Guadalajara, los hombres y mujeres paleolíticos dejaron tallados en la piedra de las paredes dibujos inequívocamente sexuales. En uno de ellos una mujer tumbada en el suelo recibe a un hombre, mientras un chamán vestido de mamut ayuda con su colmillo de marfil a la penetración. Puede que no sea un chamán, sino un dios, y que se esté contando un hecho mitológico, pero es innegable que representa un acto sexual. En otros yacimientos paleolíticos de Europa se han hallado escenas similares, e igualmente explícitas, con sexo lésbico, gay, zoofilia, masturbaciones y sexo oral bi y homosexual. Sesudas explicaciones

de especialistas nos remiten a cultos a la fertilidad y significados mágicos, pero tal vez deberíamos dejar también espacio a una explicación más banal. Aquellos grabados les ponían, y esa es la función de la pornografía. Animar a la práctica sexual, o aliviar a las personas necesitadas de practicarla con un estímulo a la masturbación.

Egipcios, griegos y romanos son célebres por la presencia de la sexualidad en su vida cotidiana. En cambio la Edad Media suele concebirse como un periodo en que los mandatos de abstinencia y castidad de la Iglesia acabaron con lo sexual. Ese es un relato incompleto. Pocos documentos han dejado tantas evidencias de la imaginación sexual de los cristianos medievales como unos libros elaborados por monjes irlandeses. Son los penitenciales, que se distribuyeron ampliamente por Europa debido a la extensa labor misionera en el continente por parte de la Iglesia de Irlanda. La principal función de estos libros era ayudar a los sacerdotes para que adecuaran la penitencia al pecado cometido. Una labor fundamental para ellos, pues solo imponiendo un castigo justo salvarían las almas del infierno. El penitencial era básicamente un libro de preguntas, porque partía de la base de que el pecador no confesaría motu proprio, y que muchas veces sería tan ignorante como para no saber que estaba cometiendo un pecado.

Así que debemos imaginarnos a los confesores de entre los siglos VI y IX preguntando en la penumbra de una iglesia románica al creyente si «ha comido la menstruación de una mujer»; «practicado sexo con animales de cuatro patas»; «bebido el semen de un hombre»; «dejado que le penetraran analmente o penetrado él mismo por detrás»; «frotado sus genitales con los de otras mujeres» (pregunta dirigida a ellas); «fornicado con una monja»; «practicado el sexo en la posición del perrito»; o «practicado el sexo con tus hijas», entre otros. Son preguntas tomadas directamente de distintos penitenciales, que, no lo olvidemos, están escritos en latín. El pobre sacerdote, supuestamente célibe, tenía que traducirlas, de la manera más explícita posible, para ser bien comprendido, a sus vecinos. Se me hace difícil imaginar que al uno y a los otros no se les pasaran por la cabeza las imágenes de lo que se estaba describiendo. Y si su cura no les abría los ojos con aquello, la enorme preocupación de los penitenciales por el incesto, la zoofilia, el sexo oral y el homosexual, así como por las posturas distintas a la del misionero, hace más que evidente que la vida sexual europea en la Edad Media era bastante variada.

La Iglesia de Roma y su papa, siempre preocupada por una teología unificada, consiguió abolir y quemar en hoguera pública los penitenciales en el siglo IX. Aunque conservó una idea contenida en ellos, la de que la masturbación dejaba ciego. Mientras, los juglares y trovadores, que narraban sus poemas de memoria, dejando escasa presencia de ellos en documentos escritos, continuaron propagando la literatura erótica de forma oral. Y en la Baja Edad Media esa tradición volvió a ponerse por escrito. Los Cuentos de Canterbury, en lengua inglesa, nos hablan de un estudiante de música alojado en casa de un carpintero y, con una imagen muy explícita, nos

explican que el día que el joven toca a la mujer de su casero, «ella se retuerce como un potrillo al que están herrando». Otra de las narraciones, la de la comadre de Beth, asegura que «un rabo goloso encaja con una boca laminera (golosona)». La Carajicomedia, escrita en castellano ya al principio del Renacimiento, tiene por protagonista a Diego Fajardo, «con luengos cojones como un incensario», que busca un remedio para su impotencia senil y hace un recorrido por los más famosos prostíbulos de Castilla y sus meretrices, hasta morir agotado de tanto meter. El catalán tiene también su obra cumbre, el Speculum al foder, que podríamos traducir como 'Manual para joder'. Es un tratado sobre sexología que no atiende únicamente lo pornográfico, sino que da consejos sobre prácticas de higiene —es un decir—, y sobre cómo aumentar el deseo sexual con afrodisíacos. Nos habla de la existencia de consoladores de cuero rellenos de algodón, habituales entre las mujeres, y de la importancia de las caricias previas para excitar a la pareja. «A la mujer (...) que el hombre le haga cinco cosas: besarla, sobarla, pellizcarla, estrecharla y herirla con las manos. (...) Debe besarla en la boca, las mejillas, los pechos, las piernas y el vientre». El autor añade además una serie de posturas para hacer el amor, explicando que la más frecuente es la del misionero, pero con la mujer levantando las piernas y enlazando con ellas al hombre. Propone hacerlo en cuclillas, de lado, en pie, a lo perrito, y así hasta treinta y dos variantes posturales.

Las instituciones religiosas tardaron muchos siglos en someter al pueblo a su moral. Y la pornografía siguió acompañando a los europeos, con suficientes variedades como para generar abundante tráfico hacia un portal porno de nuestros días. Cuando llegó el Renacimiento la revolución pictórica plasmó por primera vez imágenes mitológicas, elaborada excusa para pintar mujeres y hombres desnudos. Podemos acercarnos a ese arte con muy eruditas intenciones, pero seríamos unos cínicos si no comprendiéramos que a sus contemporáneos les excitaba bastante. Si no, pregúntense por qué las figuras de la Capilla Sixtina estuvieron originalmente desnudas, y un papa mandó taparlas con telas tras la muerte de su autor, Miguel Ángel Buonarroti. Tampoco caigamos en la confusión, tales pinturas eran para unos pocos obispos, cardenales, papas, y para los nobles en sus palacios. El pueblo común no tenía acceso a la imaginería porno, aunque se conformaba con los versos eróticos.

Muchos de los que han oído hablar del Decamerón de Boccaccio no saben nada de Pietro Aretino, el gran pornógrafo renacentista. Sus obras han circulado bajo cuerda en las bibliotecas privadas de toda Europa y, si me permiten decirlo, siguen siendo divertidas y excitantes. La más conocida de ellas, La cortesana, es una burla de El cortesano, de Baldassarre Castiglione, bestseller de su tiempo y manual de buenas maneras para aquellos que quisieran seguir una carrera en la corte, esto es, entre los reyes o nobles. Si Castiglione hace hablar a nobles personajes, Aretino emplea a dos prostitutas, que conversan sobre sus pasadas glorias, mientras una instruye a la otra en cómo introducir a su propia hija en el oficio. Para hacernos una idea, el libro abre con la protagonista siendo novicia y viendo por una rendija al abad enredado en una orgía con jovencitos. Su calentón es tal ante la

escena que usa para masturbarse unos consoladores de cristal veneciano, los cuales rellena con su orina para que no estén tan fríos. Y así todo el libro.

Más interesante por su repercusión son *Los modos*, del mismo autor, un conjunto de dieciséis poemas ilustrados con penetraciones explícitas en dieciséis posturas diferentes. Es el primer libro impreso de carácter pornográfico conocido, y el primero que iba a poner en manos de la gente común las imágenes de la pintura reservadas a los ricos. Sus grabados estaban hechos por un discípulo de Rafael de Urbino, y los poemas de Aretino no dejaban dudas sobre el contenido: «Deprisa, a follar, vamos a follar, amor mío / que para follar todos hemos nacido; / que si tú adoras la verga, yo amo el higo: / y sin esto, el mundo al carajo hubiera ido». La edición fue secuestrada, el impresor encarcelado, aunque Aretino consiguió librarle, y Giulio Romano (el autor de las ilustraciones) se refugió definitivamente en Mantua; al poeta acabarían tratando de asesinarlo por orden del secretario papal. No se conservan las imágenes originales, sí algunos fragmentos atribuidos, y supuestas copias realizadas por otros autores.

No hay constancia de volviera a haber otro intento tan claro de imprimir la pornografía en imágenes. Posiblemente porque el movimiento de la Contrarreforma consiguió dar más poder a la Inquisición en los países católicos, dado el interés de monarcas como Felipe II por parar al protestantismo. Es una época donde la *Carajicomedia* o el *Speculum al foder* lo hubieran tenido mucho más difícil para salir a la luz. A cambio, muchas historias eróticas circularon en hojas sueltas, anónimas, pegadas en las paredes, y aprendidas de memoria para transmitir las en las tabernas.

Claro que también había autores que no se iban a asustar por la amenaza de las llamas. Francisco Delicado, clérigo español ubicado en Roma, nos hace en *La lozana andaluza* el mejor retrato de la prostitución en Roma en tiempos de Aretino y del papa Clemente VII. Explica todos los modos que usan las meretrices para ganar dinero con sus clientes y la forma de ejercer su oficio según la categoría. Las más tiradas son las muralleras, mujeres viejas o desfiguradas que rondan la muralla de noche y son tomadas desde atrás para no ver su cara horrible, aunque a cambio son la opción más barata. En un precio medio están las «chicas de la candela», que encienden una vela detrás de la ventana de su cuarto para avisar al paseante de que allí hay una libre. Y en lo más alto las que tienen casa propia, joyas, una mascota que suele ser un mono o un ave exótica, reservadas a hombres ricos. En la novela, *Lozana*, la protagonista, después de haber probado casi todas las variantes, y *Rampín*, su chulo, acabarán huyendo a Venecia antes del Saco de Roma, esa destrucción de la ciudad por las tropas de Carlos V. Comidos, eso sí, por la sífilis.

Ni siquiera los grandes herederos de Torquemada hicieron temblar a nuestros grandes poetas del Siglo de Oro. Con su habilidad para manejar los pies métricos, y ese lenguaje clásico del XVI-XVII, nos dejaron testimonios

sobre cómo dos damas se amaron usando un consolador que incluía tiras de cuero para atarlo a la cintura. Los criados jóvenes se acostaban con sus señoras, y las jóvenes solteras buscaban consuelo en los frailes confesores, que tenían fama de calzar buena talla. Había defensores en verso de las gordas, y otros de las delgadas, y otros más que preferían a las maduras — hoy llamadas MILF—: «yo, para mí más quiero una matrona / que con mil artificios se remoja / y, por gozar de aquel que la retoza, / una noche de la hora no perdona». Todos son anónimos, pero no es difícil encontrar los rasgos del culteranismo de Góngora, del conceptismo de Quevedo, y tampoco identificar la maestría de Lope de Vega. Así que, ya ven, no todo fue el Quijote y su Cervantes, autor por lo demás bastante pacato en cuanto a sexo se refiere. La culpa de que pensemos así es de la mojigatería de nuestros académicos, que nunca se han atrevido a desvelarnos que nuestros escritores eran, además de lo demás, unos cachondos.

Nuestro país renegó de los clásicos del Siglo de Oro en el XVIII, pero no de lo pornográfico. Y uso este término separándolo del erotismo, porque el porno es bien explícito. Así lo es Samaniego, el famoso autor de «La zorra y las uvas», en su divertido Jardín de Venus. En esa obra el fabulista explota a menudo la realidad de que los pobres solo tenían una cama, y un hombre casado que duerme con su madre, su mujer y sus dos cuñadas, acaba catándolas a todas, mientras muchos niños se descalabran al caer de la cama por los empujones de su padre a su madre. Los muchachos cortan el pene monstruoso de un soldado, y lo inflan soplando por broma, rellenándolo de un canuto de metal, hasta que acaba en manos de una vieja, admirada de su tamaño. Un viajero se traslada al país de Siempre-mete, donde, por no poder hacer el amor más de trece veces seguidas, es sodomizado a placer por tres negros. Hay incluso hombres que se masturban en las iglesias oyendo el Cantar de los Cantares. Fábulas eróticas del fabulista por excelencia, y sin moraleja.

El otro gran autor del XVIII, Leandro Fernández de Moratín, escribió en verso un Arte de las putas que es un auténtico ataque contra los puritanos. De forma sesuda, pero ágil y amena, explica que es imposible que el hombre no tenga poluciones nocturnas, y juzga muy necesario que existan las prostitutas para calmarle, a costa de que, si no, todas las mujeres honestas acabarán deshonradas. Y para dar más razón a sus argumentos cita la Biblia, refiriéndose a la mulata Agar, que reverdeció el deseo sexual de Abraham, y a Loth, que hizo nietos en sus hijas.

La pornografía siguió acompañando la cultura durante los siglos XIX y XX, el momento de mayor influencia, pues lo erótico y lo sexual fueron ganando la batalla al puritanismo. De hecho, el mayor revolucionario fue un inglés de la Inglaterra victoriana que, además de ser de los pocos infieles que ha entrado en la Kaaba de La Meca, tradujo al inglés el Kama-sutra, generando luxaciones lumbares hasta nuestros días. Sin duda, la revolución sexual y la liberación de la mujer a partir de la década de 1960 facilitaron la paulatina existencia de revistas pornográficas, primero, y producciones

cinematográficas, después, hasta que porno e internet se hicieron prácticamente sinónimos. Nunca en la historia de la humanidad el acceso había sido tan fácil y la variedad tan grande como en nuestros días. Pero eso no significa que el porno no haya sido siempre parte de nuestra cultura, prohibido o no, porque nada que sea tan humano como el deseo sexual puede dejar de formar parte de nosotros

El Cíclope Tuerto

El Grito, La Sonrisa, La Señal...

